

Editorial

Tal y como somos, pero...

Y aun cuando muchos piensen que han cesado los pesares, no por eso he de borrar de mi memoria los beneficios y alegrías recibidos aquí de aquellos que pueden ser llamados amigos. Supongo que al final es lo único que importa, ¿no?

Grave error podría ser creer ciegamente que, por naturaleza, la esencia de la humanidad es amorosa, solidaria y/o benevolente.

Empleando conceptos darwinianos, podría afirmarse que el gen humano no está nutrido de una esencia filantrópica o desprendida y que no siempre está buscando, como último fin, cooperar. Quienes piensen lo contrario no podrían afirmar que la teoría de la selección natural es vigente y que se verifica en la naturaleza. Como recordamos, esta selección natural determina la supremacía y victoria del más fuerte, astuto y “poderoso” (en nuestro país, llamado satíricamente “el criollo”) sobre el más débil. Tampoco puede negarse que, de manera atávica, hemos interiorizado que aquel individuo que ayuda a otro, de su misma especie o condiciones, a sus propias expensas está destinado a la extinción o al fracaso.

Lo dicho en el párrafo anterior parece no estar equivocado. Téngase en cuenta que el hombre es un organismo vivo integrado por millones de datos genéticos recogidos que han sobrevivido en un mundo altamente competitivo a lo largo de millones de años. No debería caber duda de que el comportamiento egoísta y despiadado es lo que ha mantenido viva a la especie. Si el ser humano no fuese egoísta, no permitiría que el más débil de su especie desapareciera: la extinción del más débil parece ser parte del proceso evolutivo. Ahora bien, en este punto, es necesario indicar que, si bien el comportamiento egoísta heredado es la clave de la evolución, no deberíamos caer en el fatalismo de afirmar que la información heredada es fija e inalterable y menos asumir generalizaciones. Pareciese que esta forma de actuar egoísta, durante millones de años, ha sido un buen negocio (el *homo sapiens* ha llegado a la luna, creado armas de destrucción masiva y construido monumentales edificaciones) y se perfila cada vez mejor (ahora planea una misión tripulada a Marte, por ejemplo). Empero, no creemos que esta sea la forma más eficiente de actuar y de evolucionar.

De acuerdo a una investigación que realizó el politólogo estadounidense Robert Axelroad, los sujetos que actúan “cooperando” pueden obtener, a largo plazo, mejores beneficios que quienes son egoístas y actúan de forma deshonesto para obtener sus objetivos. El experimento de Axelroad, a grandes rasgos, consistió, siguiendo el modelo



del dilema del prisionero, en establecer una “banca” que otorgaba beneficios dinerarios a los jugadores, quienes se enfrentan entre sí repetidas veces. Cada jugador sólo podía escoger entre dos opciones: *cooperar* o *desertar*. Las reglas del juego eran simples: si ambos cooperaban se les otorgaba \$300 a cada uno; si uno de los dos desertaba, se llevaba \$500, mientras que el otro pagaba una multa de \$100; y, si ambos desertaban, debían pagar como multa \$10. La posibilidad de enfrentarse repetidas veces otorgaba la posibilidad de confiar o no. Axelroad invitó a una serie de matemáticos, científicos e interesados en el tema a participar en la investigación: el único requisito era enviar una estrategia para competir. Asimismo, se identificaron dos patrones entre las estrategias, las que fueron llamadas “egoístas”, porque utilizaban estrategias deshonestas y jugaban con la debilidad del contrincante, y “amables”, porque normalmente tenían como patrón cooperar. Los jugadores sabían que, lógicamente, ante cualquier acción de su oponente, ellos no podían hacer más que desertar, aunque sabían que, solo si ambos hubiesen cooperado, les habría ido mejor a los dos. Evidentemente, no podían llegar a un acuerdo de garantizarse que el otro no lo iba a abandonar. En esta investigación, se descubrió, extrañamente, que la mejor estrategia fue una catalogada como “amable” denominada “*Donde las dan, las toman*”, la cual se basaba en un patrón bastante simple: el jugador “Donde las dan, las toman” cooperaba en la primera jugada y luego copiaba el comportamiento del otro jugador: si el oponente coopera, el jugador “Donde las dan las toman” también lo hace; mientras que, si el oponente desiste, el jugador “Donde las dan las toman” también lo hará. La estrategia permitía tres cosas: (i) uno es permitir una recuperación ocasional frente a la posibilidad de quedarse en un círculo de deserciones; (ii) lo otro es permitir que un oponente, en base a la repetición, entienda que puede confiar en “Donde las dan las toman”; y, ii) lo más importante es que busca maximizar el bienestar general a costa de la “banca”.

Imaginemos un mundo donde las principales estrategias de supervivencia y, por ende, el proceso evolutivo se basen en la cooperación y en el rescate del más débil. Un lugar donde no haya cabida para estrategias “egoístas”. Aquello podría ser un mejor lugar donde vivir e, incluso, podría maximizar el bienestar general a costa de la “naturaleza” -la banca en el experimento de Axelroad. En ciertas ocasiones, es mejor dejar de lado el instinto egoísta y empezar el difícil camino de cooperar y confiar. Como dato final, de la investigación mencionada, se logró descubrir que las estrategias “egoístas” no funcionan a largo plazo y terminan fracasando, pese a que, al inicio, tenían mucha eficacia.

Esperemos que en estos tiempos difíciles, la humanidad, frente a los problemas y conflictos, pueda empezar a confiar y cooperar; de lo contrario estaremos destinados al fracaso y - esperemos que no- a la extinción.

La Dirección Ejecutiva